

## Viaje filosófico al interior de la América Portuguesa. La expedición de Alexandre Rodrigues Ferreira (1783-1792)

Los *Viajes Filosóficos* fueron creados como un tipo de expedición científica integralmente organizada, dirigida y financiada por el estado lusitano a finales del siglo XVIII, con vistas a un mejor conocimiento y explotación de sus territorios coloniales en América y África. Surgen a finales de la década de 1770 como un resultado más de la reforma universitaria realizada en Coimbra (1772) por el ministro Sebastián José de Carvalho e Melo, Marqués de Pombal, durante el reinado de D. José I. Después de la expulsión de los jesuitas, Pombal se propuso modernizar las instituciones científicas lusitanas, acercándolas al imperio de las luces que, por medio de la ciencia ilustrada, se expandía por Europa.

El principal artífice de estas transformaciones fue, sin lugar a dudas, el italiano Domenico Vandelli que, junto con otros ilustrados extranjeros -principalmente italianos-, acudió a la patria de Camões respondiendo a la invitación de Pombal. Poniendo en práctica los deseos del ministro, estos extranjeros crearon o reformularon cursos universitarios, pero sobre todo introdujeron en Coimbra los últimos conocimientos y metodologías científicos que por entonces se producían en Europa. Como resultado de esta empresa cultural, Portugal pasó efectivamente a contar con una élite intelectual compuesta tanto por jóvenes lusitanos, como por individuos nacidos en las colonias, en primer lugar en Brasil, los que fueron educados bajo estos nuevos principios.

Entre las transformaciones que tuvieron lugar en Coimbra debe destacarse la creación de una Facultad de Filosofía, en la que Vandelli pasó a dictar cursos de Historia Natural y de Química. Él será responsable por la formación de jóvenes científicos que deberán llevar a cabo estudios y reconocimientos en todas las áreas del saber naturalista, además de poseer el necesario instrumental metodológico para el 'conocimiento físico y moral de los pueblos', es decir, capaces de realizar las expediciones científicas tan en boga en Europa. En este sentido, casi como una prolongación de su quehacer docente, Vandelli propone que se lleven a cabo expediciones científicas a las tierras de ultramar que, según él, permanecían tan desconocidas "*como en el primer día de su descubrimiento*". Estas expediciones serán lo que pasará a llamarse *Viajes Filosóficos*. Con el objetivo de formalizar sus ideas sobre estas empresas científicas, en 1779 Vandelli escribe la memoria titulada

*Viagens Filosóficas, ou Dissertação sobre as importantes regras que o filósofo naturalista, nas suas peregrinações, deve principalmente observar*<sup>1</sup>; ahí formula la metodología de estos viajes y los objetivos que deberían ser alcanzados. Se trataba de expediciones de exploración de las riquezas del territorio colonial, principalmente de Brasil. Sus resultados deberían llegar a crear el soporte para que el gobierno lusitano pudiese tomar las decisiones adecuadas, conducentes a una acertada política de explotación colonial.

El mismo año en que Vandelli escribe esta memoria, y también por influencia de la Universidad de Coimbra, ya bajo el reinado de D. María I surge la Academia de las Ciencias de Lisboa, que muy pronto pasará a ser el centro de la discusión científica lusitana y la gran multiplicadora de los conocimientos generados por las luces del vecino centro universitario. A través de manuales de instrucciones como, por ejemplo, las *Breves Instruções aos correspondentes da Academia das Sciencias de Lisboa sobre as remessas dos productos, e noticias pertenecentes a Historia da Natureza para formar um Museu Nacional*, de 1781, o el *Compêndio de Observações que formam o plano de Viagem Política, e Filosófica, que se deve fazer dentro da Pátria. Dedicado a sua Alteza Real o sereníssimo Príncipe do Brasil*, por el doctor José Antonio de Sá, de 1783, la Academia pasa a establecer las normas para los viajes y los trabajos filosóficos. El destino primordial de esta modalidad de viaje eran las tierras de la América portuguesa, para lo cual ya en 1778, Vandelli había enviado al gobierno el proyecto de un *Viaje Filosófico*, al que anexaba una relación de instrumentos y demás objetos necesarios para una empresa de este tipo. Como capitán de la expedición, el maestro había indicado a su más brillante discípulo, Alexandre Rodrigues Ferreira<sup>2</sup>.

## I. EL VIAJERO FERREIRA Y SU EMPRESA NATURALISTA

La biografía de Alexandre Rodrigues Ferreira ha sido bastante estudiada<sup>3</sup>. Nacido en la ciudad de Bahía y educado en Portugal, al asumir la jefatura de la expedición científica que viajó por el interior de Brasil entre los años de 1783 y 1792, era un joven de veintisiete años de edad, recién ingresado de la Universidad de Coimbra, donde se había doctorado en Filosofía Natural en 1779. Discípulo brillante de los maestros ilustrados que habían acudido a las tierras lusitanas durante la reforma universitaria impuesta por el Marqués de Pombal, Ferreira se embarcó rumbo a la colonia con el objetivo de “*proceder, en los vastos y casi desconocidos territorios de los Estados de Pará, tierras interiores de Rio Negro, Mato Grosso y Cuiabá, al estudio de la etnografía de las regiones recorridas, a la preparación de productos naturales destinados al Real Museo de Lisboa y, finalmente, a hacer particulares observaciones filosóficas y políticas acerca de los objetos de este mismo viaje*”, según se lee en el decreto de su nombramiento, en 1783<sup>4</sup>.

<sup>1</sup> Academia de las Ciencias de Lisboa, Serie Vermelha, ms. 405.

<sup>2</sup> Además de la expedición a Brasil, el gobierno portugués envió *Viagens Filosóficas* a Mozambique (1783-1793), capitaneada por Manuel Galvão da Silva, y a Angola (1783-1808), capitaneada por Joaquim José da Silva.

<sup>3</sup> Sobre la biografía de Ferreira consultar, entre otros, Sá, 1817; Correa Filho, 1939; Goeldi, 1982 y Fontes, 1966.

<sup>4</sup> Tavares da Silva, 1947:126. En este trabajo, además de informaciones sobre la biografía de Ferreira, el autor también publica algunos documentos del Archivo Histórico Ultramarino; algunos de ellos fueron republicados en Lima, 1953.

Su expedición científica estaba compuesta por un jardinero-botánico, Agostinho Joaquim do Cabo, y por dos dibujantes, José Joaquim Freire y Joaquim José Codina, quienes con la ayuda de la población local, más explícitamente, de indígenas que debían ser instruidos en los oficios de la preparación de animales y aves, habrían de realizar este difícil viaje por las tierras interiores de la América portuguesa. Esta empresa respondía a los intereses impuestos por la política lusitana; con ella se buscaban informaciones sobre los lejanos lugares sujetos a la corona, sobre los pueblos que allí vivían, la existencia de recursos naturales, las formas de explotación y las posibilidades de introducir nuevos productos<sup>5</sup>. Es evidente que, más allá de perseguir el progreso de las ciencias como propósito esencial, esta iniciativa del estado portugués de finales de siglo forma parte de una política imperialista de gran visión estratégica. Así pues, el conocimiento de la naturaleza brasileña conseguida por la expedición capitaneada por Ferreira se encuadraba en el proyecto estatal que, en este caso, procuraba un reconocimiento y estudio de los reinos animal, vegetal y mineral, puestos adecuadamente en el contexto del conocimiento de la Historia Natural, es decir, en el marco de una completa descripción geográfica de cada lugar, con vistas a una explotación más racional de los territorios coloniales portugueses en América.

Asociado a este interés, no debe perderse de vista que los recientes tratados de límites firmados por las dos coronas ibéricas exigían de Portugal la ocupación de los territorios fronterizos conquistados de España, un requisito esencial para la efectiva incorporación de éstos a la América portuguesa, atendiendo al principio de *uti possidetis*, según las palabras del Tratado de Madrid. Este es el caso específico de parte del territorio amazónico y de toda la Capitanía de Mato Grosso y Cuiabá, rica en oro y diamantes, por tanto un territorio clave en el que la expedición filosófica enviada al interior sudamericano debería desarrollar sus trabajos (fig. 1 y 2). El conocimiento sistemático de estas regiones podría contribuir a la estrategia política de ocupación y, al mismo tiempo, garantizar y defender el dominio sobre las tierras ricas en minerales; a mediano plazo, conduciría a una explotación adecuada de sus potencialidades.

La expedición Ferreira dejó numerosas *Memorias* sobre flora, fauna, minerales y poblaciones indígenas; sabemos de la riqueza de los herbolarios, de las colecciones de animales disecados y de las muestras de madera y de minerales; se conserva un cuerpo de centenares de dibujos y acuarelas, un riquísimo acervo de piezas etnográficas de pueblos indígenas y precisas informaciones sobre los territorios recién ocupados por los lusitanos en la línea fronteriza entre las dos Américas ibéricas. A juzgar por este legado, resulta evidente que el *Viaje Filosófico* cumplió con los objetivos que le había impuesto el estado lusitano: una parte del interior de la América portuguesa fue atentamente escudriñada y reconocida.

Mucho se ha escrito sobre el hecho de que los resultados de los trabajos de esta expedición nunca fueron publicados, así como sobre la dispersión del legado, que se inicia con el saqueo perpetrado por los franceses comandados por el Mariscal Junot, en 1808, durante la invasión napoleónica de la península ibérica. Fue entonces cuando una importante parte de la obra de Ferreira y sus compañeros, además de las colecciones de animales disecados y los herbolarios, llegaron a manos de Etienne Geoffroy de Saint-Hilaire. Mas, a pesar de las numerosas pérdidas resultantes de

<sup>5</sup> Ferraz, 1997 y Nizza da Silva, 1999.

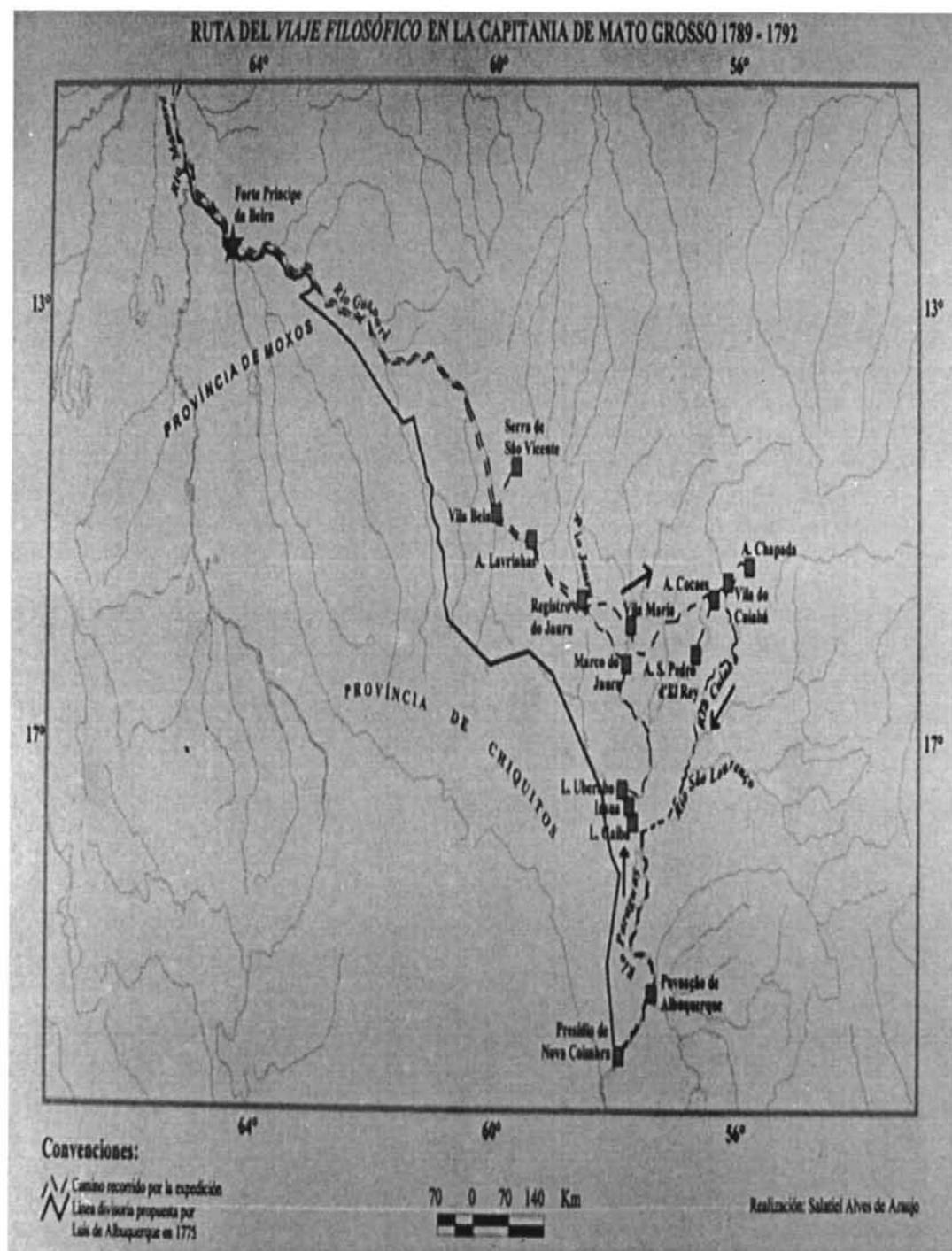


Figura 1. Ruta del Viaje Filosófico de Alexandre Rodrigues Ferreira en Brasil. 1783-1792.

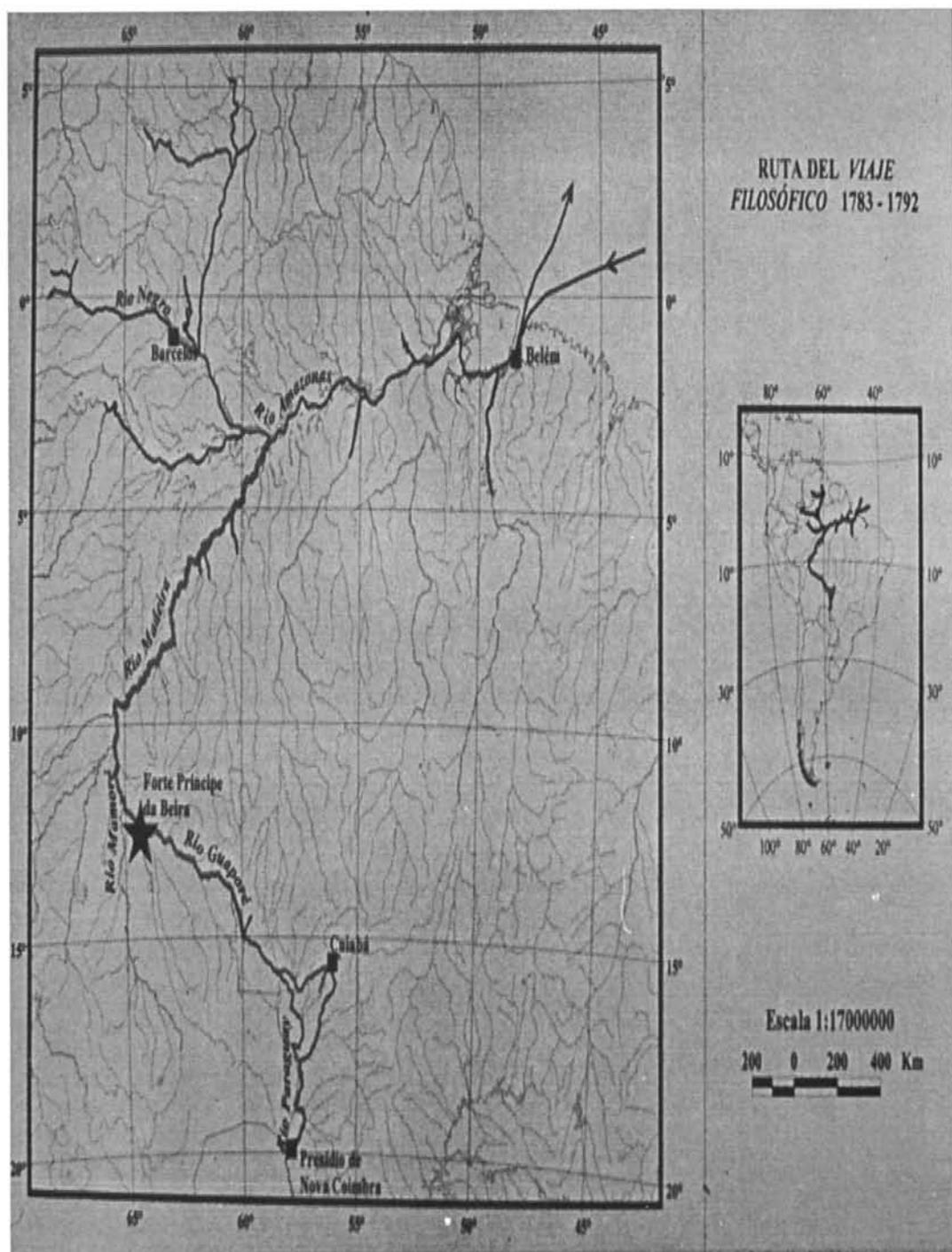


Figura 2. Detalle de la Ruta del viaje Filosófico de Alexandre Rodrigues Ferreira en la Capitanía de Mato Grosso. 1789-1792.

los traslados, saqueos e incendios, aún se conserva un valioso legado en los fondos de instituciones portuguesas y brasileñas, y en parte también en colecciones francesas, que sólo a través de un esfuerzo multidisciplinario podrá ser llevado a la luz pública. Hoy sabemos que no fue sólo Saint-Hilaire quien se benefició de la labor de Ferreira. Según demostró William Simon (1983) en su estudio sobre las expediciones portuguesas del siglo XVIII, mediante el intenso intercambio que mantenían entre sí museos y jardines botánicos europeos, estudiosos como el inglés Joseph Banks, el español Casimiro Gómez Ortega y el propio Alejandro de Humboldt también pudieron tener acceso a los materiales producidos por el trabajo de este brillante naturalista bahiano.

La mayor difusión de los resultados del *Viaje Filosófico* va a darse a partir de mediados del siglo XIX. Últimamente se han publicado importantes conjuntos documentales y han aparecido estudios monográficos sobre la biografía de Ferreira y sobre los trabajos que realizó, analizándolos en el contexto socio-cultural y político en que se insertan. Sin embargo, casi la totalidad de estos estudios se centra en la primera etapa de su viaje, a saber, la estancia en la Amazonia brasileña, concretamente, su permanencia en lo que fueron las Capitanías de Grão Pará y Río Negro, donde efectivamente pasó la mayor parte del tiempo (1783-1788) y recolectó un riquísimo acervo y escribió diarios y memorias.

La segunda etapa, que comprende el trayecto recorrido entre los ríos Madeira, Mamoré y Guaporé, hasta los confines del territorio lusitano en América, en la Capitanía de Mato Grosso y Cuiabá, es sorprendentemente poco conocida y mucho menos estudiada<sup>6</sup>. Tanto más llama la atención este hecho, ya que en aquel momento esa región era uno de los tesoros del estado portugués, por tratarse de un espacio recién conquistado de los españoles, por lindar con el virreinato del Perú y, más aún, por ser rico en oro y en diamantes. Esta preferencia por el estudio de los trabajos dedicados a las capitanías del norte de Brasil, Río Negro y Grão Pará, quizá se justifique a partir de la documentación existente. Mientras que en la primera etapa Ferreira describió diariamente sus jornadas, para el recorrido por las tierras de Mato Grosso no existen diarios. También, comparativamente, la producción de imágenes es considerablemente más escasa: el viaje por las capitanías septentrionales está documentada en casi dos mil dibujos y acuarelas, en tanto -hasta donde sabemos- los del área matogrossense suman aproximadamente dos centenas. A pesar de no contar con igual abundancia de documentación, la correspondencia entre el naturalista y las autoridades lusitanas, así como las diversas acuarelas dejadas por los ilustradores nos permiten afirmar que el *Viaje Filosófico* por la Capitanía de Mato Grosso y Cuiabá tuvo como principales objetivos cuestiones relativas a la minería y al reconocimiento estratégico de la línea fronteriza entre esta capitanía y los territorios castellanos.

## LAS TIERRAS HÚMEDAS DE LA CAPITANÍA DE MATO GROSSO Y CUIABÁ

En el contexto de la historia brasileña, los territorios interiores que hoy componen la región Centro-Oeste de Brasil deben algunos de sus rasgos singulares al hecho de haber comenzado a ser incorporados a la América portuguesa tan sólo a mediados del siglo XVIII, a través de la penetración

<sup>6</sup> Dato observado por Simón cuando señala que “los treinta meses de viaje que Ferreira pasó en la Capitanía de Mato Grosso es una de las menos conocidas incursiones al interior de Brasil” (1983:41).

de los bandeirantes paulistas. Con la violencia que caracterizaba sus actos, estos *portugueses de Brasil*, los bandeirantes, suben los ríos alto-paraguayos y, a través del río Cuiabá, alcanzan el territorio Bororo, siempre en la búsqueda de indios y metales preciosos. Ahí, a flor de tierra encuentran oro, dando inicio a su conquista en 1719. Poco después se funda el *Arraial do Cuiabá*, que algunos años más tarde se transformaría en *Vila Real do Bom Jesus do Cuiabá*, sujeto a la distante Capitanía de São Paulo.

Como en cualquier otra área minera, también ahí la fiebre de las riquezas atrajo inmediatamente a centenares de aventureros que se adentraron más y más en su búsqueda de nuevos yacimientos, expulsando indígenas y, de manera precaria, fueron creando núcleos de población. El eje minero que inicialmente se localizaba en las tierras bañadas por los ríos alto-paraguayos, se trasladó más hacia el oeste, haciendo surgir nuevos pueblos en el valle del Guaporé, en la cuenca amazónica, una región de vegetación más intensa, que entonces pasó a ser conocida con el nombre de Mato Grosso. Cabe recordar que, al menos nominalmente, esos eran territorios castellanos.

En 1749, durante las negociaciones del Tratado de Madrid, Portugal pone en práctica una agresiva política de ocupación, intentando consolidar su dominio sobre los ricos territorios conquistados; despreciando su mayor núcleo de población junto al río Cuiabá, funda *Vila Bela da Santíssima Trindade* para instalar en ella la sede de la recién creada Capitanía de Mato Grosso y Cuiabá (1748), en las faldas de las misiones jesuíticas españolas, en territorio chiquitano. El lugar era totalmente insalubre, pero de un valor estratégico fundamental. Para gobernar la nueva capitanía son nombrados hombres de la más noble estirpe lusitana. Fueron ellos los que, orientados por la corte, pasaron a promover una vigorosa política de ocupación y defensa, erigiendo fortificaciones, presidios, caseríos, poblaciones y villas a lo largo de toda la línea fronteriza, tanto en el Guaporé como en el Paraguay.

En el momento del paso del *Viaje Filosófico*, la Capitanía de Mato Grosso y Cuiabá, de acuerdo con la evaluación de los demarcadores de límites portugueses que visitaron la región en 1786, era “una de las más importantes de todo Brasil, tanto por su extensión y las ya conocidas, mas aún intactas riquezas que guardan sus vastísimos territorios interiores, como por ser la frontera con el vasto, populoso y rico Perú”. Esta importante capitanía ocupaba una superficie de 65.000 leguas cuadradas -lo que en lenguaje contemporáneo equivale a 2.340.000 kilómetros cuadrados-. Sin contar la población indígena, que no consta en las estadísticas de la época, en este extenso territorio vivía una población de apenas 22.000 almas, de la cual, más de la mitad, exactamente 12.000, eran esclavos.

La base económica era la explotación minera, tanto de oro como de diamantes, que eran extraídos de forma rudimentaria en diferentes yacimientos, principalmente en la región del Cuiabá y sus establecimientos de mineración del oro, en la explotación de diamantes del Alto Paraguay y en las ricas minas del Guaporé. Algunas haciendas de ganado se hallaban ya en pleno funcionamiento y la capitanía contaba también con algunos ingenios de caña de azúcar y con una pequeña producción de bienes de subsistencia. Para la comunicación con el litoral, Mato Grosso

contaba con dos vías fluviales y una terrestre, todas ellas largas, difíciles y peligrosas. Por los caminos fluviales, la comunicación se realizaba ya sea a través de la cuenca alto-paraguaya o por los ríos amazónicos. Esta última partía de Vila Bela y acababa en el puerto de Grão Pará. A pesar de ser más rápida, esta vía no era menos peligrosa y accidentada, debiéndose vencer un salto del río Guaporé, cinco del Mamoré y doce del Madeira, además de soportar fiebres a lo largo de todo el viaje.

La mayor preocupación de los administradores de esta casi aislada capitanía era garantizar el dominio sobre los territorios auríferos conquistados de los vecinos castellanos, principalmente en el valle del Guaporé, debido a la proximidad con los establecimientos españoles que se encontraban al poniente, o sea, en las misiones de Moxos, situadas en ríos que desaguan en el Guaporé y habitadas, como Mato Grosso, por aproximadamente 22.000 almas.

En 1786, poco antes de la llegada de Ferreira, los territorios matogrossenses habían sido recorridos por los comisarios de la tercera partida demarcadora de límites. Luis de Albuquerque de Melo Pereira e Cáceres, entonces Capitán General de Mato Grosso, hombre de vasto saber y de una envidiable percepción estratégica, había ordenado a los ingenieros y matemáticos encargados de la demarcación, que reconociesen las verdaderas condiciones de defensa de la capitanía. Los resultados fueron presentados en un minucioso estudio, por medio del que las autoridades lusitanas tomaron conocimiento de que, si bien en el Guaporé existían las condiciones de contener un posible ataque castellano, los ríos pantaneros se ofrecían como anchas puertas al libre acceso de los vecinos, en el caso de que quisiesen llegar a las ricas minas de oro y diamantes de Cuiabá y del Alto Paraguay. Por lo tanto, era necesario un inmediato reconocimiento de los lugares con el fin de determinar sus posibilidades para una ocupación efectiva. Es justamente en medio de estos acontecimientos que se explica la presencia del *Viaje Filosófico* de Ferreira entre los ríos y las tierras matogrossenses.

## II. EL VIAJE A MATO GROSSO

En noviembre de 1786, Ferreira y sus compañeros, el jardinero-botánico y los dos dibujantes, están en la villa de Barcelos. Habían terminado una fase de sus trabajos y esperaban ahí las nuevas decisiones de Lisboa sobre el destino a seguir: podrían continuar en la región norte, entrando en el Japurá, o descender rumbo al Madeira. Mas, lo que Ferreira realmente quería era retornar a Portugal porque, como explica al ministro Martinho de Melo e Castro, “*se cumplen ya los casi tres años que un naturalista puede trabajar en tan diferentes reparticiones*”; y aclara con preocupación: “*cuanto más se prolongue la recolección de los productos, más se demorará después el conocimiento individual de cada uno en el confuso caos de millares de los diversos productos*”, pero, como fiel servidor, también acota, “*Su Excelencia resolverá lo que sea conveniente*”<sup>8</sup>. De hecho, ya se habían cumplido los tres años desde que Ferreira y sus compañeros iniciaran el recorrido de los ríos y tierras de las Capitanías de Grão Pará y Rio Negro, de donde había enviado a Lisboa ricas colecciones de historia natural, memorias, además de dibujos y objetos.

<sup>8</sup> Lima, 1953:160. Esta obra publica una vasta serie de documentos del *Viaje Filosófico* a Brasil, guardados en el Archivo Histórico Ultramarino.

Al salir de Portugal en 1783, Ferreira llevaba claras instrucciones de la ruta a seguir: los “*desconocidos territorios de los Estados de Pará, tierras interiores de Rio Negro, Mato Grosso y Cuiabá*”<sup>9</sup>. Después de tres años, sin embargo, la incertidumbre parece apoderarse del destino de la expedición. La abundante correspondencia del naturalista con el ministro Martinho de Melo e Castro y con el gobernador de Rio Negro, João Pereira Caldas, es reveladora del disgusto que le provoca esta indecisión<sup>10</sup>.

A finales de 1788 llegan a Pará las Reales Órdenes, que determinan los caminos que Ferreira y sus compañeros deberán seguir: llegar hasta el río Madeira y, a través de él, seguir a la Capitanía de Mato Grosso y Cuiabá. En esta capitanía deberían centrar su atención principalmente en cuestiones de la minería. Más que el reconocimiento de la flora y la fauna, según sus propias palabras, el naturalista lleva a cabo “*un viaje mineralógico*”<sup>11</sup>.

Ferreira debía hacer el viaje por el camino fluvial que comunicaba la Capitanía de Grão Pará a la de Mato Grosso, cuyo trayecto era bastante conocido y descrito en varias *Relaciones* desde la década de 1740. Mas, de la expedición no sólo se exigía que hiciese su camino por estos ríos, sino que realizase también un “*análisis filosófico*” de aquellos lugares y elaborase una documentación visual de todo el trayecto fluvial que había de recorrer, lo que implicaba que esta parte de la empresa fuese aun más demorada. Los preparativos requirieron de más de ocho meses. Se pensó en todo, desde la botica hasta las docenas de gallinas destinadas al sustento de los enfermos, los millares de kilos de harina y demás tipos de alimentos, las necesarias medidas para su conservación y las previsiones para su reposición. Se pensó también en los “*remedios espirituales*”; para éstos se solicitaba la presencia de un capellán provisto del “*correspondiente altar portátil, de algunos cubos de hostias bien examinadas, de vino y de algunas libras de cera para velas, para que todo sirva al ejercicio de su ministerio*”. Se hizo construir nuevas embarcaciones rigurosamente adecuadas a las necesidades de los trabajos naturalistas; pero la gran dificultad era el reclutamiento de una tripulación. No se conseguían indios remeros. El viaje entre Pará y Mato Grosso aterrizzaba a la población, principalmente por su alto índice de mortalidad: si la desgracia no acontecía durante el viaje, se fallecía “*después de llegar a las poblaciones, puesto que llegan a ellas ya acoados por las conocidas molestias*”, según se describe en un relato dirigido al gobernador de Mato Grosso. Con la intención de mejorar estas condiciones, se montó una compleja red de apoyo; el paso de la expedición fue avisado a todos los núcleos de población del trayecto, desde la villa de Barcelos, localizada en las márgenes del río Negro, hasta el Fuerte Príncipe da Beira, la última parada antes de llegar a Vila Bela, y las autoridades locales fueron instruidas “*para ofrecer el auxilio de personas y de vituallas que requiriesen y de acuerdo con las urgencias que tuviesen*”<sup>12</sup>.

Finalmente, en los últimos días de agosto de 1788, los barcos del *Viaje Filosófico* comenzaron a descender por el río Negro, de ahí al Amazonas, y a través de éste penetraron en el Madeira;

<sup>9</sup> Tavares da Silva, 1947:126

<sup>10</sup> Lima: 1953: 209-213

<sup>11</sup> Idem: idem: 314

<sup>12</sup> Idem, idem: 242; 250; 251.

en octubre de 1789 llegaron a la capital de Matto Grosso. Fueron trece meses y dieciocho días de viaje, de los cuales siete meses y medio “se dedicaron a estudios y recolecciones” y los demás “fueron empleados en viajar”<sup>13</sup>. A través del *Roteiro das viagens, que fez pelas capitánias do Pará, Rio Negro, Mato Grosso, e Cuiabá, Alexandre Rodrigues Ferreira*, conservado en la Biblioteca da Ajuda, es posible seguir casi paso a paso el periplo fluvial de esta expedición. Parte de ella puede verse también en los dibujos y acuarelas del segundo de los dos volúmenes de imágenes que posee el Museo Bocage de Lisboa. La vida cotidiana, a su vez, puede reconstruirse con ayuda de las informaciones que contiene la correspondencia entre Ferreira y los gobernadores de Pará y Mato Grosso, mantenida a lo largo de todo el viaje.

Durante el recorrido fluvial, Ferreira debió lidiar no sólo con los obstáculos naturales que constituían los numerosos saltos de los ríos Madeira, Mamoré y Guaporé; también tuvo que enfrentar las rebeliones y deserciones de los indios remeros -con el consecuente entorpecimiento de la marcha del viaje-, así como con la falta de alimentos y las ya anunciadas enfermedades que afectaban a todos por igual. El primero que “poco después de entrar en el Mamoré enfermó gravemente de accesos de fiebre intermitentes (en el original: *sezões*) fue el dibujante Joaquim José Codina”. Después, ya en el Fuerte Príncipe da Beira, le tocó a Ferreira “junto con el otro dibujante, José Joaquim Freire”. Según el naturalista, la enfermedad de ambos llegó a tal extremo que fueron “sepultados en Barreiro do Sítio dos Garajuz”, refiriéndose con ello a una de las formas de cura usada entonces en aquellos remotos parajes. La gravedad fue tal que los dibujantes ya no pudieron documentar el final del viaje: “Freire fue quien más sufrió, no hubo molestia que no lo atacase, ya fuesen *sezões, corrução*<sup>14</sup>, *sarna, disentería, etc.*” escribió el naturalista. Pero fue el jardinero-botánico, que hasta entonces parecía el más fuerte de todos quien, no resistiendo las fiebres de la terrible *corrução*, falleció en los brazos de su jefe poco después de llegar a Vila Bela<sup>15</sup>.

La llegada a esa capital no les trajo alivio alguno; la ciudad entera “se hallaba atacada por horribles epidemias de catarrais, sarampión, garrotilhos, pontadas y disenterías”. La situación era calamitosa y ni siquiera los animales estaban libres de males. “Por los campos morían tapires, cerdos, venados, bestias de carga y caballos, hasta incluso las aves”<sup>16</sup>.

Vila Bela había sido construida en un terreno inundable y su insalubridad era bien conocida; la elección del lugar estuvo determinada por su proximidad con las misiones de Chiquitos y Moxos, es decir, por razones defensivas. En el momento de la visita de Ferreira, aquella localidad contaba con aproximadamente 7.000 almas y, a juzgar por sus palabras, presentaba un aspecto lamentable: “hubo días en que en el cementerio de esta villa se sepultaron nueve y hasta diez muertos, y desde finales de agosto próximo pasado hasta inicios de enero del corriente, en los dos pequeños caseríos de Santa Ana y Pilar, fueron 75 personas”. Según el viajero, fue en 1789, esto

<sup>13</sup> Idem, Idem: 295

<sup>14</sup> Se trata de una enfermedad conocida también como *máculo*; es una grave infección del recto, que provoca una extremada dilatación del ano, llegando a un estado gangrenoso de consecuencias letales.

<sup>15</sup> Tavares da Silva, 1947b: 339

<sup>16</sup> Ferreira, 1790, Biblioteca Nacional de Rio de Janeiro, ms. 21,2,2, n.º12; y Lima: 1953: 295-296

es, el mismo año de su llegada, que el sarampión apareció por primera vez en aquella región y en poco tiempo se transformó en una epidemia, matando 154 hombres y 47 mujeres en apenas cuatro meses<sup>17</sup>.

Las anotaciones de Ferreira nos dan una idea acerca de la antigua capital de Mato Grosso, hoy una ciudad en ruinas. Vila Bela poseía un trazado irregular, con calles rectas y estrechas, sin adoquinado, donde los cerdos hozaban a su gusto. Las casas eran de una planta, estaban construidas con dobles bloques de adobe y estaban cubiertas de teja vana y todas ellas, simplemente con suelo de tierra o enladrilladas; las ventanas eran de pequeño tamaño y comúnmente protegidas por celosías, lo que en opinión de Ferreira transformaba su interior en un espacio oscuro y triste, además de impedir la libre circulación del aire. No existía hospital alguno y ni siquiera una botica provista de remedios caseros; el cirujano que se encontraba ahí, pertenecía a la tercera partida demarcadora y muy pronto seguiría viaje, quedando los habitantes en manos de charlatanes<sup>18</sup>.

Por lo que se deduce de sus relatos, en Mato Grosso no había posibilidad alguna de estar sano; sus habitantes convivían ya sea con las epidemias estacionales o con “*las enfermedades de todo tiempo*”: el estreñimiento, la hidropesía, el escorbuto, los espasmos, las hemorroides, la sarna. Estos males acosaban a la población de forma cotidiana, enterrando a “*este puñado de hombres en este cementerio de Brasil al que se da el nombre de Mato Grosso*”, de acuerdo con la calificación del naturalista<sup>19</sup>.

Fue en aquella capital, en la que hasta el capitán Luis de Albuquerque yacía en cama, donde Ferreira y sus compañeros supervivientes se recuperaron del difícil viaje. Ahí ve llegar a João de Albuquerque Melo Pereira e Cáceres, hermano de Luis y que lo substituirá al frente de la capitanía y en la gerencia del *Viaje Filosófico*. Éste traía consigo una carta de Martinho de Melo e Castro, en la que el ministro enviaba nuevas instrucciones para la expedición: se mantenían las cuestiones relativas a la minería, acrecentando que “*no dejará el mencionado Doctor Alexandre de examinar la caverna de que trata el Diario*”<sup>20</sup>. El párrafo del diario a que se refiere la carta describe una gruta que los demarcadores de límites habían descubierto en 1786, junto a Presidio de Nova Coimbra. Ahora ya no bastaba llegar a las minas de Cuiabá, el *Viaje Filosófico* tendría que visitar el laberinto de aguas del Pantanal y llegar hasta el último límite de las nuevas tierras portuguesas, con la finalidad clara de evaluar el estado de la frontera sur.

#### IV. EL VIAJE FILOSÓFICO A LA CAPITANÍA DE MATO GROSSO Y CUIABÁ

Poco después de que Ferreira y sus compañeros se restablecen, ya huérfanos del jardine-ro-botánico, se dirigen a la Sierra de São Vicente localizada en los alrededores de Vila Bela. Ahí se

<sup>17</sup> Ferreira, 1790, citado; Lima, citado: 295 y Ferreira, s.d: 49-51

<sup>18</sup> Ferreira, 1790, citado.

<sup>19</sup> Idem, idem.

<sup>20</sup> Archivo Histórico Ultramarino, Cod. 613/614

encontraban los ocho establecimientos auríferos que debían ser examinados. Recorriendo un yacimiento tras otro, de acuerdo con las instrucciones, el naturalista analizó y recogió muestras de los diferentes tipos de oro. Sus observaciones fueron registradas en el *Prospecto Filosófico da Serra de São Vicente e seus estabelecimentos*, un minucioso relatorio en el que describe la calidad de los diversos tipos de oro, las formas de extracción, así como las condiciones generales de cada lugar, aportando también datos sobre la población, las condiciones de salud y formas de producción agrícola. Discurre además sobre las maderas y otros recursos naturales que ahí existían, sugiriendo maneras de explotarlos racionalmente y haciendo incluso observaciones de cómo evitar la deforestación. A su entender, todos aquellos yacimientos eran mal explotados, constatando un aprovechamiento deficiente del mineral. No existía una tecnología adecuada y a los mineros no les interesaba sino el oro puro y a flor del suelo. Analizando las formas de extracción, el naturalista sugiere el uso del mercurio para un mejor amalgamamiento del oro fino, “*método en el que se pierde bien poco oro, como lo están experimentando los mineros europeos*”, observa.

De vuelta en Vila Bela, se prepara para el viaje por tierra a Cuiabá. En el camino debía visitar los establecimientos auríferos de Lavrinha, São Pedro d’El Rei (actual Poconé) y las minas circunvecinas de Cocaes y Lavras do Jassé, estudiándolas y también recogiendo muestras de oro para las reales colecciones portuguesas. A juzgar por la parte del legado iconográfico de la expedición que conserva el Museo Bocage, fue el yacimiento de oro en São José dos Cocaes, en las cercanías de Cuiabá, el que más llamó la atención del *Viaje Filosófico*. Codina y Freire registraron en cuatro acuarelas las diferentes etapas del trabajos que se realizaba ahí, desde el desmoronamiento del barranco hasta el lavado del oro. Estas acuarelas, todas ellas inacabadas, se cuentan sin duda entre los primeros registros visuales de la forma de trabajo en un yacimiento aurífero en el interior de Brasil. Curiosamente, por lo demás, el lavado se realizaba en una canoa expresamente adaptada para esta función; la planta de esta máquina de minería también fue detalladamente reproducida en un dibujo.

Después de concluir el trabajo en los establecimientos mineros, la expedición retorna a la ruta fluvial, esta vez para dirigirse al Pantanal, con destino a Presídio de Nova Coimbra. Al igual que había ocurrido en rutas recorridas anteriormente, este viaje fue preparado de acuerdo con las singularidades del lugar, para lo que se construyeron barcos o *ubás* -canoas indígenas esculpidas en el interior de un tronco-, aptas para la navegación en los ríos pantaneros. Debido a que era el período de crecidas y el Paraguay se había extendido cubriendo casi todas las tierras, también se dotó a la expedición con una canoa-cocina. Y para reforzar las condiciones de seguridad, se dispuso el acompañamiento de una guarnición militar, caso que ocurriese algún ataque de los indios Guaikurú o de los Payaguá.

Presídio de Nova Coimbra se localizaba en el extremo de la frontera suroeste de la América portuguesa, en un territorio en disputa con los españoles, y constituía uno de los grandes problemas para la defensa de la capitanía. Concebido para ser el baluarte más avanzado sobre el río Paraguay, al mandar a construir Presídio, Luis de Albuquerque había indicado el lugar donde aquel gran curso fluvial se estrecha, conocido como *Fecho dos Morros*. El Capitán General había proyectado un puesto militar que garantizase la comunicación fluvial entre São Paulo y las minas de Cuiabá, que al mismo tiempo fuese un puesto de defensa contra cualquier ataque castellano y además impidiese el paso de los guerreros Guaikurú y Payaguá. Pero el encargado de esta tarea,

poco conocedor de los meandros del Paraguay, erró en la identificación de la geografía y, en 1775, fundó Presídio junto a otra elevación, en un lugar totalmente vulnerable. Esta deficiencia fue puesta a las claras en 1786 por los levantamientos llevados a cabo por los demarcadores de límites y, como si no fuese ya suficiente esa vulnerabilidad, ahí se descubrió también una fabulosa gruta en las entrañas del monte localizado detrás de Presídio.

Por lo que se desprende de la documentación, la ida del naturalista a este sitio tenía como objetivo claro el de analizar las condiciones del lugar y, especialmente, la recién descubierta *Gruta do Inferno*. Ferreira transmitió sus observaciones a João de Albuquerque en la carta que dató en la boca de la Laguna de Uberava, en 5 de mayo de 1791. En ella el viajero es taxativo: “*hasta yo, que de fortificaciones nada entiendo, puedo apuntar los insoslayables defectos que ella tiene*”, y enumera uno a uno los errores de esta construcción y de su inadecuada localización. Llega a sostener que “*por más guarnecido que esté este paso, ninguna necesidad tienen los españoles de pasar por él, caso que quisiesen subir hacia nuestros establecimientos*”. En cuanto a la gruta observa que es un estupendo lugar para el escondite del enemigo; dentro de ella puede “*acuartelarse cómodamente un cuerpo de hasta 100 hombres*”<sup>21</sup>.

Al finalizar su visita a Presídio, aprovecha para hacer observaciones sobre los guerreros Guaikurú, los indios caballeros que desde inicios del siglo XVIII casi impedían la comunicación entre São Paulo y Cuiabá y atormentaban a los moradores de caseríos y villas. Sobre ellos el naturalista escribió una Memoria y, quizá para ilustrarla, sus dibujantes retrataron al cacique y a su mujer.

Después de Presídio de Nueva Coimbra, la expedición deja “*la madre del río, para navegar por los pantanales que se hallan junto a las sierras del Paraguay*” y llega a la población de Albuquerque. Con la misma mirada escudriñadora, Ferreira analiza las condiciones defensivas. En su opinión, caso de “*deber mudar Presídio, aquella es una de las situaciones más adecuadas que ofrece el Paraguay*”. Albuquerque es “*una población cerrada a manera de un gran patio, casi tres veces más largo que ancho*”. Este lugar cobijaba una población de 152 personas. El lugar -según el naturalista- ofrecía estupendas condiciones agrícolas, era rico en maderas para la construcción, ofrecía materias primas para tinturas y mucha piedra cal y arcilla para la creación de un gran taller de cerámica. Pero vivía ahí una población que le pareció carente de toda pasión por el trabajo y que daba la impresión de estar casi muriendo de hambre<sup>22</sup>.

A continuación de Albuquerque debía aún seguir los pasos de los demarcadores y, en el área de mayor inundación del Paraguay, reexaminar las tres grandes bahías pantaneras, Gaiba, Uberava y Mandioré, lugares que presentaban gran vulnerabilidad para la defensa de la capitania.

Después alcanzaría la boca del Jaurú, donde estudiaría los curiosos yacimientos de piedra calcárea de color negro y de algunos mármoles y ágatas, para finalmente dirigirse a Vila

<sup>21</sup> Carta de Ferreira a João de Albuquerque. Lata 1971. Archivo Público de Mato Grosso.

<sup>22</sup> Idem, Idem.

Bela. Concluyó su trabajo satisfactoriamente y el 26 de junio ya encontramos a los expedicionarios nuevamente en esa capital. Durante tres meses permanecieron ahí organizando sus colecciones, redactando memorias y preparándose para cruzar nuevamente los ríos amazónicos con destino a la ciudad de Pará y de ahí seguir a Lisboa.

En enero de 1892 ya se encuentran en la ciudad de Pará y en octubre, Alexandre Rodrigues Ferreira y los dos dibujantes embarcaban en el navío Príncipe da Beira, que los llevaría de vuelta a Portugal.

## V. SOBRE LAS IMÁGENES FILOSÓFICAS

El trabajo que han de realizar los ilustradores de una expedición naturalista está resumido de forma sucinta en el *Compendio de Observações que formão o plano da Viagem Política, e Filosófica*. Después de dar instrucciones sobre los procedimientos que deben adoptarse para realizar una adecuada descripción escrita -que debe ser exacta y concisa, evitando la superficialidad de las palabras, redundancias y exclamaciones-, el autor se refiere al registro visual en los siguientes términos: “En la descripción de las cosas entra también el dibujo, o pintura, que se aplicará a aquellos objetos que la narración no sea capaz de describir perfectamente y con claridad. Por lo tanto, se dibujarán algunos campos, montes, animales, plantas y otros productos, que ni pueden ser descritos y cuyo envío no resulta fácil. Estos dibujos y pinturas serán también una de las principales preciosidades del Museo Nacional.”<sup>23</sup>

Como en las demás expediciones naturalistas europeas del siglo XVIII, también en los *Viajes Filosóficos* el trabajo de los ilustradores constituye un quehacer auxiliar y enteramente subordinado a los objetivos de la expedición. Sin embargo, al estudiar el conjunto del legado iconográfico de la empresa capitaneada por Ferreira, se observa un extraordinario rigor en el cumplimiento de la norma impuesta. Llama la atención la ausencia absoluta de hojas trabajadas con soltura artística, en la que los ilustradores diesen cabida a su subjetividad. El dibujante o *riscador* según la designación genérica que recibe en Portugal el oficio del documentador de un viaje científico es un funcionario del estado, cuya carrera profesional no se sitúa en el contexto de un ejercicio artístico de tradición académica.

De hecho, en el Portugal dieciochesco, la enseñanza del dibujo no pasó de un rango puramente instrumental, un arte aplicado que se practicaba ya sea en la *Fábrica das Sedas* o en la Fundación del Real Arsenal del Ejército, o que formaba parte del aprendizaje técnico de ingenieros militares. La falta de una Academia de Bellas Artes fue determinante para el escaso desarrollo de esta disciplina. Si bien en 1780 se fundó una controvertida Academia de Desnudo para el estudio estético del cuerpo humano; “la idea fue muy mal recibida por el pueblo, que apedreó las ventanas de la sala donde posaba un hombre desnudo”<sup>24</sup>

El desarrollo de las ciencias naturales promovido por la reforma universitaria pombalina, a su vez, pone en evidencia la necesidad del dibujo como auxiliar para el registro visual. Es así

<sup>23</sup> Sá, 1783: 209-210.

<sup>24</sup> J.-A. França, 1987: 259-260

como, junto a las nuevas instituciones científicas surge un taller de dibujantes, la *Casa do Risco*, al alero del Palacio de Ajuda e impulsado por Domenico Vandelli. Desde sus inicios, esta institución recluta sus miembros de las filas militares. El taller de dibujo del Palacio de Ajuda está, por lo demás, constantemente presente en los trabajos de completación y copia de ilustraciones hechas del natural a lo largo y ancho del imperio portugués, pero no parece haber formado una escuela propiamente tal. Como consecuencia de esta situación, resultaba prácticamente ineludible que los ilustradores impuestos a una empresa científica promovida por el Estado y con carácter oficial proviniessen del ámbito militar. Así por ejemplo, sabemos que en la expedición botánica por el territorio litoráneo de São Paulo y Rio de Janeiro, llevada a cabo por Fr. José Mariano da Conceição Velloso en la década de 1780, la función de los ilustradores fue asumida por algunos militares que lo acompañaban.

También la formación y la carrera profesional de los dos ilustradores que acompañaron a Ferreira parecen haberse desarrollado en íntima relación con instituciones militares. A pesar de que la documentación conocida hasta la fecha no permite una reconstrucción acabada de sus biografías, sí existen referencias que confirman esta filiación. Con respecto a José Joaquim Freire, sabemos que toda su vida trabajó para las instituciones militares, según consta en la inscripción autógrafa de un mapa de la cuenca amazónica, de su autoría. Ahí afirma que es Teniente Coronel del Ejército “*contando ochenta y seis años de edad y sesenta y seis de efectivo servicio*”. En documentos posteriores a la expedición, por lo general aparece relacionado con instituciones militares, frecuentemente dedicado a trabajos de cartografía<sup>25</sup>.

En cuanto a Joaquim José Codina, nos hallamos frente a un personaje que, por lo pronto, sólo asoma al horizonte histórico en el contexto del Viaje Filosófico. En 1783 figura, junto con Ferreira, Cabo y Freire, recibiendo ‘*ayudas de costos*’ para viajar a Brasil en calidad de *riscador*. Su trabajo está documentado tanto en la correspondencia de Ferreira, como en los numerosos dibujos que firmó. Y es precisamente la afinidad de su obra con las ilustraciones ejecutadas por Freire, más aun, la falta de una identidad personal en los trabajos de uno y otro, lo que nos permite suponer que su escuela sería la misma, es decir, próxima a instituciones del ejército o la marina, donde se entrenaba individuos capaces de ejecutar dibujos de carácter técnico. Se ha afirmado, finalmente, que Codina murió durante a viagem a Mato Grosso, en 1791, sobre la base de la interpretación errónea de una fuente documental<sup>26</sup>. De hecho, sin embargo existe constancia documental de que embarcó en Belem para retornar a Portugal en 1792<sup>27</sup>.

En los casi diez años que duró el *Viaje Filosófico*, Codina y Freire elaboraron centenares de dibujos y acuarelas del natural que, en lo substancial, fueron enviados a Lisboa, donde con el correr del tiempo, muchos de estos originales fueron copiados en la *Casa do Risco*. Es así como, el *corpus* de este legado, entre originales y copias, supera los dos millares de hojas. La falta de una

<sup>25</sup> Sobre esto, consultar Lima, 1953; Tavares da Siva, 1947 y 1947b; para el mapa, v. Freire 1797.

<sup>26</sup> Carvalho (s/d:14) y William Simon (1983: 45) afirmaron que Codina habría fallecido en Mato Grosso en 1791, habiendo sido sepultado en Barreiros do Sítio dos Guarujus. Pensamos que el verbo sepultar se refiere ahí a una forma de cura, también referida por Ferreira en otra ocasión.

<sup>27</sup> Carta de Francisco de Souza Coutinho a Martinho de Mello e Castro, Pará 15 de octubre de 1792. Biblioteca Nacional de Rio de Janeiro, ms. I – 11, 2, 24 n.º 1.

catalogación y análisis crítico de este conjunto impone particular cuidado a la hora de analizar puntualmente las hojas, como también al formular cualquier valoración global.

En términos generales, se identifican varios grupos temáticos que, sorteando las diferencias entre los originales y las copias, pueden ser caracterizados de forma relativamente concluyente. La flora y la fauna componen los dos mayores conjuntos de este legado. Los estudios botánicos responden a la forma habitual de la ilustración científica; suelen incluir el dibujo de la planta adulta con su floración, fruto y semillas. De acuerdo con las características del dibujo, se verifica que los originales, por lo general, omiten cualquier referencia al entorno en que crecen, aspecto que las copias incluyen ocasionalmente de forma muy esquemática. También los dibujos originales relativos a la fauna representan individuos aislados, vivos o muertos, sin referencia a su habitat, elemento que a veces se agrega en las copias, con más sentido decorativo que precisión científica. Los dibujos de las aves son particularmente seductores por la belleza de sus colores, que se reproducen con acierto; los de los mamíferos, en cambio, ofrecen imágenes de una anatomía desproporcionada y, muchas veces, en posiciones antinaturales<sup>28</sup>.

A un tercer grupo, de número considerablemente menor, pertenecen las hojas con motivos etnográficos. Salvo escasísimas excepciones, la representación de la figura humana es torpe, cuya ejecución no responde a los rasgos anatómicos de cada pueblo indio ni tampoco es el resultado de una estilización acorde con arquetipos de belleza clásica -un fenómeno, por lo demás, frecuente en conjuntos de ilustraciones de tema etnográfico de otras expediciones-. Sí merece especial interés la ilustración de la vestimenta, los ornamentos corporales, las armas y otros artefactos, ya sea cuando aparecen incuidos en el dibujo de la figura humana o como estudios aislados; su reproducción es bastante fiable, como puede cotejarse con las colecciones de objetos etnográficos, que conservan varias piezas que sirvieron de modelo a los dibujantes<sup>29</sup>.

La representación de los barcos y del proceso de su fabricación, así como de la maquinaria de trabajo de minería y agrícola constituyen un pequeño conjunto de dibujos particularmente interesante por su enorme valor documental. Los motivos del paisaje y las vistas y plantas de caseríos, pueblos y ciudades componen, por último, un grupo de obras que cubre la casi totalidad de la larga ruta recorrida por la expedición. La ejecución de las vistas es monótona, normalmente realizadas desde una perspectiva aérea y de ámbito amplio. Existe, finalmente, un conjunto de dibujos arquitectónicos con plantas y alzados de edificios. Las referentes a las capitanías del norte fueron realizadas por el boloñés Giuseppe Antonio Landi, que viajó a Brasil como demarcador de límites. A pedido de Ferreira, sus estudios arquitectónicos fueron incorporados al acervo del *Viaje Filosófico*.

#### IV. IMÁGENES DE MATO GROSSO

Los pocos investigadores que han trabajado puntualmente con los dibujos y acuarelas de este acervo centraron su atención en la primera etapa del *Viaje Filosófico*, cuyas imágenes perte-

<sup>28</sup> Cf. Goeldi, 1982:73; Teixeira et al, 1998.

<sup>29</sup> Consultar Hartmann, 1975.

necen casi exclusivamente a instituciones brasileñas, concretamente a la Biblioteca Nacional de Rio de Janeiro y al Museo Nacional. Los dibujos hechos por Freire y Codina durante la visita a la Capitanía de Mato Grosso y Cuiabá, que pertenecen casi en su totalidad al Museo Bocage de Lisboa, apenas han sido estudiados.



Figura 3. Retrato de la mujer del jefe Guaikurú. 1791; sin autor. Lápiz y acuarela/papel; 27x17cm (35,6x26,5cm.) Museo Bocage, Lisboa.



Figura 4. Retrato del cacique Caimá, jefe de la nación Guaikurú. 1791; sin autor. Lápiz y acuarela/papel; 26,8x17cm (35,6x26,5cm.) Museo Bocage, Lisboa.

Nuestro análisis recaerá sobre las imágenes de esta capitanía, que forman parte de los fondos de este museo. Estudiándolas en su conjunto, percibimos que los motivos representados responden plenamente a los objetivos de la expedición, tanto en lo que se refiere a la minería, tal como ya observamos, mas también con respecto al reconocimiento de la frontera.

Entre los registros más sobresalientes de los pueblos indígenas del interior brasileño se cuentan las representaciones del pueblo Guaikurú. Dos retratos, identificados con sendas inscripciones -*Chefe do Gentio Aycurú, habitante do Rio Paraguay* y *Mulher do dito Chefe*- (fig. 3 y 4), constituyen los primeros y probablemente los únicos registros de individuos de esa nación guerrera, que fueron ejecutados de forma naturalista<sup>30</sup>. Excepcionalmente, incluso sus rasgos fisionómicos generales están representados con acierto. El dibujante se empeñó, por lo demás, en reproducir todos los atributos que hoy nos permiten la identificación étnica de este pueblo. El jefe Guaikurú lleva una lanza característica, viste una piel de onza y tiene la mano pintada de negro y el rostro cubierto de forma regular con rica pintura. La representación de la mujer, con la cabeza rapada dejando apenas un mechón que arranca de la frente y con escasa decoración facial, denota su calidad de casa-da y la nobleza de su linaje.

En la *Memoria sobre los Guaikurú*, el propio Ferreira abunda en detalles descriptivos sobre este pueblo y específicamente sobre el jefe y su mujer. Relata ahí el encuentro con once indios de esta nación, entre ellos el cacique -en sus palabras, el “gobernador general de todos los Guaikurú“- y su mujer. “Setenta pulgadas contaba el cacique Caimá“-escribe-, “que es de los indios más altos que he visto hasta ahora; todos ellos eran igualmente espaldudos y cuadrados, de pecho

<sup>30</sup> ARF, 32. Museo Bocage.

*ancho y fornido, el vientre plano y los hombros y los brazos musculosos*". Más adelante describe la pintura facial, así como el hecho de que tiñen de negro las manos y los pies, los labios y las orejas. Sobre las mujeres apunta que suelen andar desnudas, llevando apenas una tanga que cubre el pubis. "*Otras andan envueltas con un largo manto de tela de algodón listado, que les cubre el cuerpo desde los pechos hasta media pierna*"; ésta es la vestimenta con la que aparece representada la mujer del cacique. Y sobre la moda del peinado escribe: "*Las casadas llevan la cabeza rapada, dejando en la parte anterior tan sólo un copete longitudinal*"<sup>31</sup>

La atención que Ferreira dedica a los Guaikurú se explica esencialmente en función de su importancia estratégica. No obstante ese espacio fuese tradicionalmente un área habitada por los Bororo, el pueblo más numeroso de la región y poseedor de una cultura material que en nada merece a la de los indios caballeros, fue este último el único entre los muchos pueblos indígenas establecidos en las tierras matogrossenses del cual el Viaje Filosófico dejó un registro visual. Los Guaikurú son un pueblo *mbayá*, nómadas originarios del Chaco, que ya muy tempranamente consiguió un estupendo dominio del caballo. Hacia mediados del siglo XVII emigran a la cuenca del río Paraguay, llegando a controlar de forma irrestricta, y durante prácticamente doscientos años, el territorio limítrofe de las cuencas de los ríos Paraguay y Paraná. Se imponen sobre todos los demás pueblos indígenas de la región, pero también resisten con éxito a la expansión colonial, llegando a amenazar los centros de minería del oro de Cuiabá; sus incursiones hacia el noroeste alcanzan hasta la provincia española de Chiquitos. Para el imperio colonial portugués constituían, de hecho, el principal obstáculo en las comunicaciones entre la importante región minera de Mato Grosso y el litoral paulista. Por lo demás, representaban un factor de inestabilidad en la política de expansión portuguesa, debido al riesgo de que estableciesen alianzas con los españoles en un área en permanente litigio entre ambas coronas ibéricas<sup>32</sup>.

En el momento en que Ferreira visita la Capitanía de Mato Grosso, la metrópoli portuguesa daba importantes pasos que condujesen a una consolidación de su dominio en el área interior de América del Sur. Con vistas a superar la amenaza que representaban los Guaikurú, su rival en la región, Portugal lleva a cabo una política de aldeamiento y en 1791 se firma un tratado de paz y amistad entre la corona, representada por el Capitán General de Mato Grosso, y esa nación indígena, liderada por el mencionado cacique Caimá. Por medio de este documento, en el que también encontramos la firma del propio Ferreira como testigo, la nación Guaikurú reconoce nominalmente la soberanía de la reina D. María I. Es en ese contexto que fueron ejecutados los retratos del jefe Guaikurú y de su mujer. Así pues, estas imágenes no son simplemente representaciones curiosas de personajes exóticos que fueron aprehendidos con ojos escudriñadores, sino que constituyen documentos iconográficos de primera importancia que se proponen dejar constancia del alto rango de los personajes retratados.

También las vistas del paisaje producidas durante la segunda etapa de la expedición responden a una lógica que deriva de motivaciones estratégicas. En este contexto se explica que los

<sup>31</sup> Ferreira, 1974: 79-80.

<sup>32</sup> Costa, 1999: 50-54.

También las vistas del paisaje producidas durante la segunda etapa de la expedición responden a una lógica que deriva de motivaciones estratégicas. En este contexto se explica que los ilustradores registraran una a una las dieciocho cascadas que debieron superar a lo largo de este accidentado recorrido fluvial, desde la partida en Barcelos -sede de la Capitanía de Río Negro-, navegando por el monumental afluente amazónico que representa el río Madeira, hasta Vila Bela, la sede de la Capitanía de Mato Grosso localizada en las márgenes del río Guaporé. Los saltos del Madeira,(fig. 5) del Mamoré y del Guaporé aparecen en dos y hasta en tres versiones ejecutadas a lápiz y acuarela, componiendo un conjunto de varias decenas de ilustraciones que, en una primera hojeada, llaman la atención por su monotonía. Por lo general, el paisaje fue aprehendido desde una perspectiva aérea de escasa altura, de modo que en cada hoja se pueden verificar las dimensiones del accidente fluvial, el volumen de las aguas y la fuerza de la corriente.

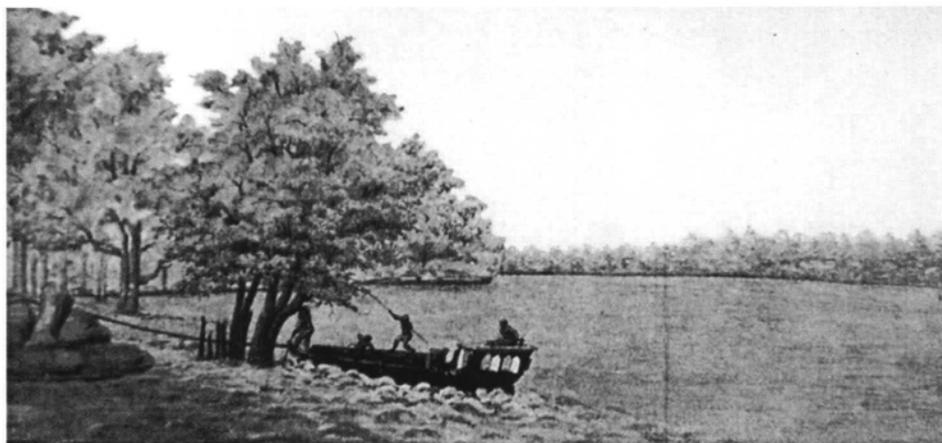


Figura 5. Vista del paso del salto Pederneira, en el río Madeira. 19 de marzo de 1789; J.J. Freire. Lápiz y acuarela/papel; 17,2x38cm. (34,5x46cm). Museo Bocage, Lisboa.

El estudio de estos dibujos y su análisis a la luz de las inscripciones ponen en evidencia que las distintas versiones de cada lugar fueron realizadas, una entre finales de enero y mayo de 1789, la otra en los meses de octubre y noviembre 1791, es decir, la primera en el viaje de ida, la otra, durante el retorno, en dos momentos que permitiesen observar de forma clara la variación estacional del nivel de las aguas. Este conjunto de vistas del paisaje tiene como finalidad manifiesta la de documentar visualmente los obstáculos que debía enfrentar la navegación de los pequeños barcos en las distintas estaciones, de acuerdo con la variación de las aguas. Se trata aquí de los ríos que componían la principal ruta de comunicación entre la capital de Mato Grosso y la salida al Atlántico por Belém de Pará, para seguir a la metrópolis. Se buscaba, pues, ofrecer elementos que permitiesen mejorar las comunicaciones a través de estas accidentadas aguas, lo que objetivamente contribuiría a una mejoría en la defensa y el desarrollo de esa rica capitanía. La preocupación con las azarosas condiciones y los peligros de este viaje indujeron a Ferreira a escribir una Memoria específica sobre el tema, en la que describe todas las dificultades que enfrentó y donde llama la atención de las autoridades para que, a la brevedad, se implementasen medidas, “*por el riesgo de que los establecimientos comenzasen a despoblarse*”<sup>33</sup>

<sup>33</sup> Ferreira, *Causa das doenças dos Índios*. Museo Bocage. ARF. ms. 20

Ferreira, fiel servidor de la corona, manifiesta su preocupación por el destino de las localidades de este espacio fronterizo de Mato Grosso en las cuencas amazónica y del río Paraguay. Se trataba esencialmente de poblaciones o villas fundadas recientemente, entre 1775 y 1781, por el Capitán General Luis de Albuquerque, con el fin de contribuir a garantizar el dominio portugués sobre la región. Ferreira ordena que los dibujantes de la expedición llevaran a cabo el registro de cada una de ellas con la intención de poner a disposición de la administración una documentación visual precisa. En vano se buscarán vistas casuales o una dramatización del paisaje en el conjunto de este legado. En sí mismas, ninguna de ellas ofrece motivos paisajísticos de especial interés pictórico de acuerdo con la tradición artística de la época. Tampoco su ejecución revela un propósito compositivo elaborado. Los ilustradores nunca se toman la libertad de destacar determinadas áreas del paisaje con juegos de luz y sombra; todas las vistas poseen siempre una luminosidad homogénea, intentando conseguir una descripción de carácter neutral, ajeno a cualquier subjetividad individual. Igualmente, carecen de un sentido narrativo y, salvo excepcionalmente, no incorporan figuras de decorado en los primeros planos. Tanto la selección de los motivos como la forma de aprehenderlos revelan un propósito meramente instrumental.

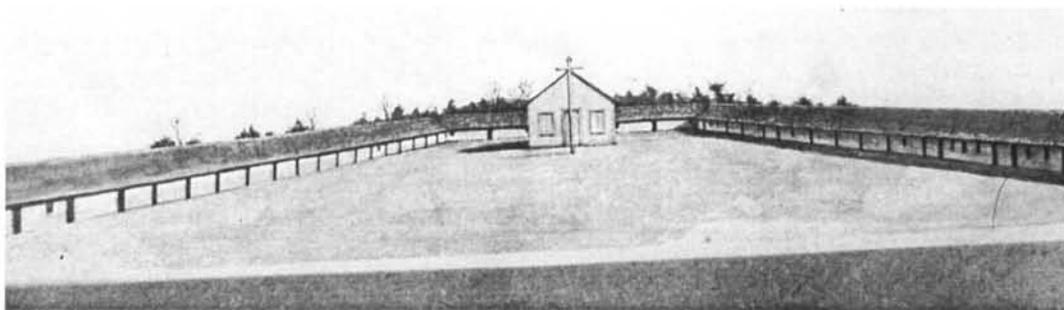


Figura 6. Vista interior de Povoação de Albuquerque. 1790; sin autor. Lápiz y acuarela/papel; 12,5x43,5cm (23x48,9cm). Museo Bocage, Lisboa.

En la ruta de noroeste a sureste, la expedición va realizando un verdadero inventario iconográfico de los establecimientos de mayor relevancia. En el Guaporé, los dibujantes realizan una ilustración del Forte Príncipe da Beira, la más notable construcción militar de la región; dibujan una planta de Vila Bela da Santíssima Trindade, el centro de administración política; y una vista de Casal Vasco, una población creada sobre una antigua misión de los jesuitas. Ya en el camino por tierra, al sureste de Vila Bela, representan el núcleo de poblamiento de Registro do Jaurú, junto al río del mismo nombre, y la ciudad de Vila María (actual Cáceres), donde había sido erigido el puerto más septentrional del río Paraguay y, por tanto, un lugar clave para la navegación. Ya en pleno Pantanal documentan Povoação de Albuquerque (fig. 6) y Presídio de Nova Coimbra, situados en los confines meridionales de las tierras conquistadas de los españoles. Ahí, junto a Presídio, penetran en la Gruta do Inferno, de la que se temía que pudiese servir de refugio para tropas enemigas y se sospechaba que ocultase nuevos yacimientos auríferos. Las dos imágenes de su interior combinan un sentido descriptivo de la experiencia visual directa de ese inmenso espacio subterráneo con las asociaciones libres provocadas por las gigantescas estalactitas y estalagmitas que, en palabras de Ferreira, evocaban unas veces una mezquita, otras un salón gótico<sup>34</sup>. Por las dificultades que

<sup>34</sup> Cf. Ferreira en carta datada en 05.05.1991 a João de Albuquerque. Archivo Publico de Mato Grosso.

sentaba la visita, las representaciones de la gruta poseen un valor documental muy inferior al resto de las hojas; en cambio sí son reveladoras de las limitaciones artísticas de los ilustradores, bastante torpes a la hora de llevar al papel sus fantasías.

Sin duda, la más sobresaliente representación del paisaje es la panorámica que se dedicó a Cuiabá (fig. 7). Esta ciudad constituye el más antiguo núcleo urbano de la región, cuya localiza-



Figura 7. Vista Panorámica de Vila Real de Bom Jesus do Cuiabá. 1790; sin autor. Lápiz y acuarela/papel; 116x21 cm (118,5x31 cm). Museo Bocage, Lisboa.

ción hacía que resultase un punto particularmente débil en el caso de una invasión española. Su trazado y situación fueron registrados con extraordinaria precisión en una vista aérea ejecutada a lápiz y acuarela sobre papel, de 116 cm de largura por 21 cm de altura (fig. 8). A partir de un punto de



Figura 8. Vista Panorámica de Vila Real de Bom Jesus do Cuiabá. 1790; sin autor. Lápiz y acuarela/papel; 116x21 cm (118,5x31 cm). Museo Bocage, Lisboa.

observación ideal, la ciudad aparece con lujo de detalles ante el observador, de modo que pueden identificarse todas sus calles, plazas, principales edificios y la línea de las fachadas de sus casas. El conjunto aparece como si de una planta urbana en relieve se tratase, de lineamiento esquematizado y con un colorido homogéneo. Esta imagen permite verificar una vez más el sentido netamente utilitario de las ilustraciones, en las que se omiten los pormenores de la realidad cotidiana y de la observación subjetiva, en beneficio de una visión global más simple y transparente.

## V. UNA REFLEXIÓN FINAL

Al acompañar los pasos del *Viaje Filosófico* de Ferreira por las tierras y aguas de la Capitanía de Mato Grosso y Cuiabá, entendiéndola en el contexto de las demarcaciones de fronteras que las coronas ibéricas realizan en América, no podemos dejar de recordar que, en este mismo momento, el demarcador español Felix de Azara está realizando incursiones naturalistas en las

vecinas tierras paraguayas. Azara, según consta en su biografía, tomó la iniciativa de reconocer y describir la Provincia de Paraguay, con la intención de aprovechar el tiempo mientras esperaba el inicio de los trabajos de demarcación. Como resultado de su ilustrada curiosidad poseemos hoy los primeros estudios de este espacio interior sudamericano.

Los viajes de Ferreira y de Azara se dan en tiempos consagrados a viajes de circunnavegación y, en la práctica, anticipan algunas de las premisas sobre los viajes de tierra adentro que Alejandro de Humboldt enunciará en la introducción a su *Viaje a las regiones equinociales*. En estas páginas, comparando los viajes marítimos con las de tierra adentro, el viajero prusiano deja claro que sólo es posible reconocer un lugar cuando se consigue penetrar en el espacio continental; finalmente, según pregona, no es en las costas que se reconoce el rumbo de las cadenas montañosas ni los pueblos que las habitan, ni tampoco sus productos animales y vegetales ni mucho menos la composición de los suelos.

Mucho se ha escrito sobre la supremacía de los viajes humboldtianos para el conocimiento del interior americano; talvez fuese ahora el momento de intentar entender su viaje más bien como una continuación de otros viajes precursores al interior de América.

**BIBLIOGRAFÍA**

**Manuscrita**

CASTRO, Martinho de Melo: *Carta a Luis de Albuquerque de Melo Pereira e Cáceres*. Archivo Ultramarino, Lisboa, Cod. 613/614

COUTINHO, Francisco de Souza Coutinho: *Carta a Martinho de Melo e Castro*, Pará 15 de octubre de 1792. Biblioteca Nacional de Rio de Janeiro, ms. I – 11, 2, 24 n.º 1 .

FERREIRA, Alexandre Rodrigues: *Carta a João de Albuquerque de Melo Pereira e Cáceres*, Archivo Público de Mato Grosso, Lata 1991.

FERREIRA, Alexandre Rodrigues: *Prospecto Filosófico da Serra de S. Vicente e seus Estabelecimentos*. Biblioteca Nacional de Rio de Janeiro, ms. 21,2,2, n.º 12.

FERREIRA, Alexandre Rodrigues: *Roteiro das viagens, que fez pelas capitánias do Pará, Rio Negro, Mato Grosso, e Cuiabá, Alexandre Rodrigues Ferreira*, Biblioteca da Ajuda, Lisboa, ms. 51,VI, 46 – 15

FERREIRA, Alexandre Rodrigues: *Causa das doenças dos Índios*. Museo Bocage. ARF. Ms. 20.

FREIRE, José Joaquín: Mapa sin título (Amazonia), 1797. Ms. Direcção dos Serícos de Engenharia, Lisboa, inv. núm. 4583.

VANDELLI, Domenico: *Viagens Filosóficas, ou Dissertação sobre as importantes regras que o filósofo naturalista, nas suas peripetivas, deve principalmente observa*. Academia de las Ciencias de Lisboa, Serie Vermelha, ms. 405.

**Impresa**

ANÓNIMO, (1781): *Breves Instruções aos correspondentes da Academies das Sciencias de Lisboa sobre as remessas dos productos, e noticias pertencentes a Historia da Natureza para formar um Museu Nacional*. Lisboa, Academia de las Ciencias.

CARVALHO, José Candido de Mello, (s/d (1983)): *Viagem Filosófica pelas Capitánias do Grão Pará, Rio Negro, Mato Grosso e Cuiabá (1783-1793): uma síntese no seu bicentenário*. Brasília/ Conselho Nacional de Desenvolvimento Científico e Tecnológico y Belém/ Museo Emílio Goeldi.

CORREA FILHO, Virgilio A., (1939): *Alexandre Rodrigues Ferreira, vida e obra do grande naturalista brasileiro*. São Paulo, Cia. Editora Nacional.

COSTA, Maria de Fátima, (1999): *História de um país inexistente. O Pantanal entre os séculos XVI e XVIII*. São Paulo, Estação Liberdade/ Kosmos.

FERRAZ, Márcia Helena Mendes, (1997): *As ciências em Portugal e no Brasil (1772-1822) o texto conflituoso da química*. São Paulo, Educ/Fapesp.

FERREIRA, Alexandre Rodrigues (s/d): “Enfermidades endêmicas da Capitania de Mato Grosso”. En Glória Marly Duarte de Carvalho. *Alexandre Rodrigues Ferreira: aspectos de sua vida e obra*. pp. 43-96, Belém, Instituto Nacional de Pesquisa da Amazônia.

— (s/d): *Viagem Filosófica ao Rio Negro*. Belém/ Museo Paraense Emílio Goeldi y Brasília/ Conselho Nacional de Desenvolvimento Científico e Tecnológico.

— (1974): *Viagem Filosófica pelas Capitánias do Grão Pará, Rio Negro, Mato Grosso e Cuiabá. Memórias Antropológicas*. Brasília, Conselho Federal de Cultura.

FERREIRA, José Joaquim e ALMEIDA SERRA, Ricardo Franco, (1874): “Reflexões sobre a Capitania de Mato Grosso”. *Revista do Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro*, tomo XII: 377-399.

FRANÇA, José Augusto, (1987): *Lisboa pombalina e o Iluminismo*. Lisboa, Bertrand Editora.

FONTES, Glória Marly Duarte de Carvalho, (s/d): *Alexandre Rodrigues Ferreira: aspectos de sua vida e obra*. Belém, Instituto Nacional de Pesquisa da Amazônia.

GOLDI, Emílio, (1982): *Alexandre Rodrigues Ferreira*. Brasília, Editora da UnB.

HARTMANN, Thekla, (1975): *A contribuição da iconografia para o conhecimento de índios brasileiros do século XIX*. São Paulo: USP, (Coleção Museu Paulista, serie Etnologia, vol. 1).

LIMA, Américo Pires, (1953): *O Doutor Alexandre Rodrigues Ferreira. Documentos coligidos e prefaciados por Américo Pires de Lima*. Lisboa, Agencia Central de Ultramar.

NIZZA da SILVA. Maria Beatriz, (1999): *A cultura luso-brasileira. Da reforma da Universidade á independência do Brasil*. Lisboa, Estampa.

SÁ, Manuel José Maria da Costa e., (1817): "Elogio do Doutor Alexandre Rodrigues Ferreira". *História e Memórias da Academia Real das Sciencias de Lisboa*, tomo V, parte 1.<sup>a</sup>, Lisboa.

SÁ, José Antonio, (1783): *Compêndio de Observações que formam o plano de Viagem Político, e Filosófica, que se deve fazer dentro da Pátria. Dedicado a sua Alteza Real o sereníssimo Príncipe do Brasil*. Lisboa.

SIMON, Willian Joel (1983): *Scientific expeditions in the portuguese overseas territories (1783-1808)*. Lisboa, Instituto de Investigação Científica Tropical.

TAVARES DA SILVA, D. A. (1947a): "O cientista luso-brasileiro Dr. Alexandre Rodrigues Ferreira – notas para o seu estudo". *Boletim da Sociedade de Geografia de Lisboa*, v. marzo y abril, pp. 117 – 188, Lisboa

— (1947b): "O cientista luso-brasileiro Dr. Alexandre Rodrigues Ferreira, notas para o seu estudo". En: *Boletim da Sociedade de Geografia de Lisboa*, v. mayo y junio, pp. 279 – 357, Lisboa.

TEIXEIRA, Dante M. et al. (1998): "Comentários sobre as aves descritas e figuradas durante a 'Viagem de Alexandre Rodrigues Ferreira ao Brasil (1783-1793)'. *Historia Naturalis*. Seropédica, vol. 1, pp. 01 – 56, Ríó de Janeiro.

### Iconografia

ARF, 32. Museo Bocage. *Desenho de Gentios, Animais quadrúpedes, Aves, Amphibios, Peixes e Insectos da Expedição Philosophica do Pará, Rio Negro, Mato Grosso e Cuyába*. Originales, volumen 1.

ARF, 33. Museo Bocage. *Prospectos de Ciudades, Villas, Povoações, Fortalezas e edificios, Rios e Cachoeiras da Expedição Philosophica do Pará, Rio Negro, Mato Grosso e Cuyába*. Originales, volumen 2.